



Una mirada a la historia de la Iglesia

La fiesta de la dedicación de la basílica, erigida por el emperador Constantino en el antiguo palacio de los Laterani (en la falda del Celio), en el lugar donde antes había un cuartel de los «equites singulares» (los cuadros del ejército de Majencio), hacia el 324, es la primera en dignidad de las iglesias de Occidente, porque se trata de la catedral de Roma. La basílica es denominada constantiniana porque Constantino habría regalado al papa Melquíades (310-314) el palacio donde se hallaba la *domus Faustae*; es decir, la residencia de la mujer del emperador, donde el papa celebró un concilio. Además del nombre de los santos Juan Bautista y Juan Evangelista, derivado del baptisterio que se encuentra en las proximidades y que fue construido por Constantino en una antigua sala de baños romana, llevaba también desde el siglo VII el nombre del Santísimo Salvador.

La basílica de Letrán fue sede oficial del obispo de Roma desde el siglo IV al siglo XIV. Hoy sólo queda de la sede medieval el *triclinium* de León III († 816); la escala santa, la antigua escalera del palacio papal (algunos creen que se trata de la escalera del palacio de Pilato),

y el *sancta sanctorum* (en recuerdo del antiguo tesoro de Letrán). Representa, pues, el ideal institucional de una Iglesia que, salida de la fase persecutoria, hizo su ingreso en la sociedad imperial romana. De la iglesia-tienda, peregrina y precaria en las catacumbas, como otrora en el desierto, donde se expresaba el tema del encuentro con Dios que habita entre su pueblo itinerante, se pasa ahora a la iglesia-templo, edificada sobre el templo vivo que es Cristo, y por tanto al templo de la nueva alianza. Esta imagen estática de una Iglesia encerrada en sus símbolos rituales no abarca, empero, toda la realidad de una Iglesia-madre que engendra. Ahora la basílica de Letrán, «mater omnium ecclesiarum», donde por siglos el papa ha celebrado liturgias bautismales (el baptisterio es anterior a la basílica constantiniana) y eucarísticas en la noche de pascua, conserva aún en el contiguo palacio papal aquel *sancta sanctorum* (con la capilla de san Lorenzo de Nicola III, 1277-1280) que contiene un tesoro de reliquias antiguas. La leyenda dice que Tito trajo del templo de Jerusalén algunos restos y los colocó en Letrán (desaparecieron en el saqueo de los vándalos de Genserico, 455).

Por eso ha sido durante muchos siglos el emblema de la liturgia pontifical, que tuvo aquí su primer desarrollo y ha informado el estilo celebrativo de todas las Iglesias occidentales. Estamos, pues, aquí no sólo en el *ombelicus mundi*; que sustituye al de Jerusalén, sino en la basílica que es modelo de toda Iglesia que se sienta madre, no sólo porque engendra a sus hijos en el bautismo, sino más bien porque debe engendrar a otras Iglesias y comunidades con dedicación misionera. En consecuencia, celebrar esta memoria significa remontarse a las fuentes genéticas y evolutivas del ser cristianos, miembros de una Iglesia local, engendrada en el bautismo, enriquecida en la confirmación y alimentada en la eucaristía. Además se debe tomar conciencia de que nuestra Iglesia local es a su vez linaje de la Iglesia-madre, representada por la Iglesia romana, que ha tenido su sede histórica en la basílica lateranense. (Notas de E. Lodi)

Papa Francisco destaca la vertiente misionera de esta celebración

Dice el versículo del Salmo Responsorial: «Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios» (46,5). Los cristianos que viven en esta ciudad son como el río que fluye del templo: traen una Palabra de vida y esperanza capaz de fecundar los desiertos de los corazones, como el arroyo descrito en la visión de Ezequiel (cf. cap. 47) fecunda el desierto de Arabia y sana las aguas saladas y sin vida del Mar Muerto. Lo importante es que la corriente de agua salga del templo y se dirija a tierras de aspecto hostil. La ciudad no puede por menos que alegrarse cuando ve a los cristianos convertirse en anunciadores alegres, decididos a compartir con los demás los tesoros de la Palabra de Dios y a trabajar por el bien común. La tierra, que parecía destinada para siempre a la sequía, revela un potencial extraordinario: se convierte en un jardín con árboles siempre verdes y hojas y frutos de poder medicinal. Ezequiel explica por qué es tan fecunda: «Esta agua viene del santuario» (47,12). ¡Dios es el secreto de esta nueva fuerza de vida!

¡Ojalá el Señor se regocije al vernos en movimiento, dispuestos a escuchar con el corazón a sus pobres que claman a Él! ¡Qué la Madre Iglesia de Roma experimente el consuelo de ver una vez más la obediencia y el coraje de sus hijos, llenos de entusiasmo por este nuevo tiempo de evangelización! Encontrar a los demás, dialogar con ellos, escucharlos con humildad, gratitud y pobreza de corazón... Os invito a vivir todo esto no como un esfuerzo pesado, sino con ligereza espiritual: en lugar de dejarse atrapar por el ansia de actuar es más importante que ampliéis vuestra percepción para captar la presencia y la acción de Dios en la ciudad. Es una contemplación que nace del amor. (De la Homilía del 7-11-2019)